

«Lo que más le cuesta al enfermo es sentirse dependiente»

Pablo d'Ors, autor de «Sendino se muere» (Fragmenta Editorial)

Samuel Gutiérrez

El último libro de Pablo d'Ors (Madrid, 1963) no es un libro sobre la muerte, sino escrito a su sombra, casi se podría decir que en estrecha colaboración con ella. Quizás sea eso lo que lo convierte, paradójicamente, en un canto a la vida. Por primera vez en su ya consolidada carrera literaria, Pablo d'Ors nos ofrece un relato en primera persona, en un tono intimista y de gran hondura espiritual, en el que narra su experiencia de acompañamiento, como capellán del Hospital Ramón y Cajal, a la doctora África Sendino, fallecida en 2008. *Sendino se muere* (Fragmenta Editorial) es la historia de una mujer que, desde una profunda fe cristiana, afrontó la decadencia física y la muerte como auténtica peregrinación.

Su último libro es muy distinto a los publicados hasta ahora. Para comenzar, no es una novela, como nos tiene acostumbrados, sino que se nos presenta bajo un género difícil de definir...

Éste es mi séptimo libro y el primero de no-ficción. Yo lo llamaría ensayo narrativo. Mis anteriores obras nacieron todas del impulso de la imaginación, porque yo soy fundamentalmente un narrador, no un ensayista. Ésta, en cambio, es la primera que nace de mi experiencia pastoral y sacerdotal de manera más directa. También es el libro más breve de los que he escrito hasta ahora y aunque recurro por primera vez al relato de no-ficción, el estilo no es muy distinto del de mis otros libros. En este sentido, para mí es muy importante la claridad narrativa y la plasticidad. El lector ha de saber siempre, en todo momento, dónde está.

¿Por qué el tema de la muerte?

Creo que todo escritor que se precie tiene que abordar tres temas, que son los tres temas fundamentales: el sexo, la locura y la muerte. Son las experiencias en las que el hombre tiene la sensación de que se pierde a sí mismo en la pasión, en la razón o en la resurrección. Tras haber abordado ya el tema del sexo y de la locura en dos de mis novelas anteriores, en este opúsculo abordo el tema de la muerte. El libro, de hecho, nace de un encargo. Yo inicié un proceso de acompañamiento y asesoramiento literario a una enferma que era doctora y que murió de cáncer, África Sendino, que quería escribir un libro sobre su propia experiencia con la enfermedad desde la barrera del paciente, no del médico. La vida no le dio para ello y poco antes de morir me pidió que publicara su testimonio. A partir de sus notas, yo escribí el libro que ella no pudo escribir.

¿Se trata, pues, de un libro de encargo?

Empezó siendo un libro de encargo, pero a medida que lo iba escribiendo y sobre todo después, al dejarlo reposar por lo menos un par de años, poco a poco lo he ido sintiendo realmente mío. No renuncié, sin embargo, a volver a escribir sobre el tema de la enfermedad y la muerte. Trabajo como capellán hospitalario desde hace seis años y el mundo del hospital es de una intensidad emocional extraordinaria, con muchísimas historias

que contar.

¿Se ha sentido cómodo con este relato en primera persona?

Confieso que me ha costado. El impulso de la imaginación y de la ficción va asociado para mí a la escritura. Controlar eso, para ser fiel a lo que África Sendino quería, ha sido un ejercicio de disciplina interior y de autocontrol. Al mismo tiempo creo que para un escritor es interesante someterse, aunque sea ocasionalmente, a unas reglas.

¿Una de las reglas, en este caso, era evitar la idealización?

Toda biografía bien mirada merecería un libro. Cada persona es un misterio y cada una dibuja una parábola, más o menos límpida o torcida, que es interesante para contemplar y reflexionar. En el caso de África Sendino, la parábola de su vida y de su enfermedad es muy notable, sobre todo a la hora de afrontar la muerte. Un escritor no puede más que ser sensible a esto.

¿Quiere eso decir que no la ha idealizado?

No creo que haya idealización. Quien lo lea descubrirá, no sólo por su brevedad, sino por su tono, que dentro de su intensidad es bastante sobrio. No se recargan las tintas a nivel emocional, sino más bien está contenido. Además, aunque pueda parecer sorprendente, no había una afinidad electiva entre África Sendino y Pablo d'Ors. Nuestra manera de vivir, incluso de sentir el cristianismo, era diferente. Tuve que hacer un ejercicio de cómo ella vivía su fe, que la vivía distinta a mí. Lo más bonito de esta relación es que el sacerdote no actúa como teólogo que toma nota, censura y da forma a un testimonio cristiano excelso, sino que se convierte en discípulo. Yo entré en una escuela de aprendizaje, de cómo se puede vivir la decadencia física sin perder la dignidad personal.

¿Ha podido, por primera vez en este relato, conjugar sin tensiones su ser sacerdote y su ser escritor?

Es cierto que empecé mi vida literaria con una gran tensión entre ambas vo-



caciones. Al principio sentía que tenía dos vocaciones, pero ahora esto ya no lo siento así. Ahora me siento con una sola vocación que se expresa de maneras distintas, sacerdotal o literariamente. En mis primeros libros había una gran divergencia entre lo que escribía y lo que, como sacerdote, predicaba. Casi podríamos decir que la religión era la actividad diurna y la literatura la nocturna. Poco a poco he ido logrando una mayor integración entre estas dos disciplinas y creo que en mi tercer o cuarto libro ya no había esa esquizofrenia. Quizás éste sea el primer libro, no en el que se consigue el equilibrio, sino el primero en el que el arquetipo sacerdotal es más fuerte que el arquetipo del escritor.

Un libro breve, pero de gran hondura espiritual.

El libro, en realidad, es una colección de apotegmas unidos por un hilo narrativo. Los apotegmas vienen de la experiencia de África Sendino, y el hilo que los une y estructura viene de Pablo d'Ors.

Comenzando por ese pórtico introductorio tan revelador.

Si tuviese que quedarme con algo del libro me quedaría con esa idea: «He dedicado mi vida a ayudar a los demás, pero no he podido marcharme de este mundo sin dejarme ayudar por ellos. Dejarse ayudar supone un nivel muy superior al del simple ayudar. Porque si ayudar a los demás es bueno, mejor es ser ocasión para que los demás nos ayuden. Sí, lo más difícil de este mundo es aprender a

ser necesitado.» Me parece una lección extraordinaria y que, además, conviene repetir una y otra vez porque tendemos a olvidarla con mucha facilidad. Desde mi experiencia como capellán de hospital, puedo corroborar que lo que más le cuesta al enfermo, muy por encima del dolor físico o moral de la enfermedad, es sentirse dependiente. Ésa es la principal lección de humanidad que tenemos que

aprender a lo largo de la vida: no somos autosuficientes, sino que somos dependientes unos de otros, porque no somos individuos, sino que somos humanidad.

Paradójicamente este libro sobre la muerte, o casi se podría decir escrito a su sombra, deviene un canto a la vida.

Es cierto que el hospital es la casa del dolor, pero no es menos cierto que el hospital es también la casa del amor. En el hospital no sólo se ve cómo se sufre, sino también cómo se ama a la gente que sufre. Por eso este libro, aunque aborda el dolor, es un canto al amor. África Sendino ofreció un testimonio de lúcida ingenuidad. Ella sabía descubrir el bien y la bondad que había en el mundo. Y un escritor o un novelista no sólo tiene que tomar acta del mal, sino que tiene que afinar la mirada y las fibras del corazón, para captar eso que es más difícil de ver, pero que no por ello deja de existir, como es el bien. En última instancia África Sendino no vive la enfermedad como castigo, sino como camino. Es decir, como fuente de aprendizaje e incluso como buena noticia.

En algún momento hasta llega a hablar de bendición...

Desde fuera de la fe, hablar de la enfermedad como tesoro y como bendición es una cosa escandalosa, una contradicción. Pero no es una contradicción menor decir: «Bienaventurados los pobres.» Y si no entiendes lo que significa bienaventurados los pobres, y no lo entiende casi nadie, ni los que predicamos sobre ello, difícilmente entenderemos que la enfermedad es una extraña bendición.

¿Logra Pablo d'Ors vivir cada encuentro con el enfermo como un encuentro con el misterio, con Cristo mismo?

En absoluto. Como en la vida en general, lo más frecuente es el fracaso. De cada diez encuentros con enfermos hay uno que, yo, según mis criterios, considero espiritualmente logrado. En la mayoría no acaba uno de contactar, de empatizar... Lo que más abunda en esta vida son los errores, pero esto no es una mala noticia. La nuestra es una existencia errática, vamos buscando. Ésa es la condición humana, y hay que aceptarla sin dramatismos.

¿Es un drama de nuestra sociedad el ocultamiento de la muerte?

Es un drama enorme, pero el drama no es el hecho de no hablar de la muerte, sino lo que eso produce. Si la muerte no se vive como se debe vivir, se pierde el valor de la vida. Desde que trabajo en contacto directo con la muerte mi vida ha ganado en calidad, vivo con más intensidad y con mayor plenitud. El drama radica en que al ignorar la muerte estamos ignorando la vida.

«Desde fuera de la fe, hablar de la enfermedad como tesoro y como bendición es una cosa escandalosa, una contradicción»